

José María Dusmet y Alonso (1869-1960)

Observaciones sobre la nidificación de la «*Ammophila hirsuta*» Scop. (1912) (*Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural* 12:285-289)

El 22 de Abril último hice una excursión entomológica, recorriendo dos veces los seis kilómetros que separan las estaciones de Villaviciosa y Guadarrama, en la línea de Madrid a Villa del Prado.

A las dos menos cuarto estaba en un pequeño camino, limitado a la izquierda por un sembrado y a la derecha por un ribazo ascendente bastante pendiente, cuando observé una hembra de *Ammophila hirsuta* Scop., el más común de nuestros Esfégidos de tamaño grande. Bajaba el talud arrastrando una larva cuyo volumen sería cuádruple que el suyo. Inmovilizada la presa, como es sabido que ocurre, a consecuencia de las picaduras del aguijón del himenóptero en los centros nerviosos, las cuales producen la parálisis, marchaba la *Ammophila* a caballo sobre su víctima. Es notable la velocidad con que camina, a pesar de que, por lo grueso de la larva, las patas del esfégido llegan con dificultad al suelo, sin que, no obstante el desnivel bastante fuerte y las abundantes hierbas que encuentra, suelte nunca la presa, ni tampoco rueda arrastrada por aquella masa inerte.

Al llegar al camino, algo arenoso, le cruza con rapidez, formando en él un ángulo agudo, pero yendo a parar en el borde opuesto, próximamente enfrente de donde empezó la travesía. Entre talud y camino recorre unos cuatro metros en seis minutos.

En las primeras hierbas de la orilla, casi sin vacilar, deja a su víctima sobre una matita, una gramínea silvestre, a unos cinco centímetros del suelo, que está llano. Hasta entonces no se ha separado de la larva, ni ha volado. En cuanto la deposita, se dirige a otras hierbas próximas y se frota con rapidez las patas y cabeza, cual si quisiese limpiarse de la grasa de su víctima. Esta es de unos tres centímetros de longitud. Se halla paralizada, pero no del todo, notándose muy ligeros movimientos.

La *Ammophila*, sin detenerse un momento, da varios pequeños vuelos por el camino y ensaya, primero en él y luego en el talud, dentro de un círculo de tres metros de diámetro, en cuatro sitios diferentes, para hacer un agujero. En los cuatro desiste en seguida, sin duda por encontrar dura la tierra. En una de las ocasiones tropieza con varias hormigas y vuela al momento más allá. Se eleva algo más, y a medio metro del camino, encuentra un sitio favorable; allí está la tierra más suelta. Empieza con furia la excavación con las mandíbulas y patas anteriores, acompañando constantemente el trabajo con un gruñido, más que zumbido, muy vehemente, y perceptible a varios metros de distancia.

La observación minuciosa es difícil, pues estos insectos son muy vivos y recelosos, siendo de los que más trabajo cuesta cazar. Si me aproximo a menos de un metro, da un pequeño vuelo y tengo que retirarme algo, con lo cual vuelve inmediatamente a su tarea. Indudablemente, con las mandíbulas, separa partículas de tierra, ayudándose con los tarsos anteriores, los cuales lanzan con enorme velocidad los materiales hacia atrás, formando un montoncito bajo el cuerpo del obrero. La tierra debe estar muy disgregada, pues a los tres minutos ya ha profundizado tanto, que todo el animal desaparece en el agujero, viéndose sólo el extremo del abdomen moviéndose continuamente a compás del trabajo de las patas. Desde entonces la tarea avanza menos, ya por ser la tierra más dura, ya porque a la vez que profundiza, ensancha la cavidad, y además, porque de cuando en cuando tiene que salir hacia atrás, arrastrando gran cantidad de tierra que va a aumentar el montón primitivo. Cada dos o tres salidas de estas se dirige a unas hierbas para limpiarse. Unas veces se pasea solamente sobre las hojas, pero lo más frecuente es que suba a algún tallo vertical, se coloque boca abajo, y sujetándose con las cuatro patas posteriores, frote las del par anterior entre sí y con el tallo, pasándolas a veces también por la cabeza, de un modo que recuerda la tan conocida operación de las moscas caseras. Así limpia las partes que más se empolvan, los tarsos anteriores y mandíbulas. Todo esto lo hace con gran rapidez; en el acto, de un pequeño vuelo o caminando, marcha sin vacilación al agujero. Y así continúa profundizando y sin que se pueda ya ver su tarea, pero notándose cuando va a salir, porque al cesar su gruñido es que cesa el trabajo y

empieza su marcha hacia atrás que, aunque rápida, me da tiempo para retirarme algo del nido.

Un cuarto de hora después de empezar la excavación ha terminado la faena, y con alternativas de marcha rápida y de cortos vuelos, recorre durante unos momentos los alrededores y se aleja por fin del nido, en cuya construcción sólo ha tardado diez y seis minutos. Su profundidad es de cinco a seis centímetros, su anchura de uno y medio, es recto y su dirección perpendicular a la superficie del terreno, la cual tendrá allí una inclinación de 45°.

Terminada esa operación se dirige a buscar otra vez la larva que tenía preparada. Tarda nada más tres o cuatro minutos, en los cuales, unas veces caminando deprisa, otras dando algún pequeño vuelo, visita algunos de los otros sitios donde ensayó primeramente para excavar, y por último, emprende el mismo camino por el que cruzó el sendero arrastrando su presa, pero exactamente formando el mismo ángulo, con lo cual llega a las hierbas en las cuales depositó la larva.

Y aquí viene la parte de la observación que me causó mayor sorpresa. El camino estaba cruzado por numerosas procesiones de hormigas. Una de ellas, formada por *Tapinoma erraticum* Latr., pasaba muy próxima a la larva. Durante la excavación del nido, y sin que ni la *Ammophila* ni yo nos hayamos enterado, las hormigas han descubierto la larva y, sea por movimiento de ésta o por esfuerzos de aquéllas, ha caído de la matita de hierba, quedando a su pie, algo cubierta, pero visible, y rodeada y acometida por bastantes docenas de *Tapinoma*.

Llega la *Ammophila* sin vacilar hasta el sitio en donde había dejado la presa, y al no hallarla, a pesar de estar sólo a dos o tres centímetros, pasa muy cerca y sigue buscando por los alrededores, recorre aquellas hierbas, vuelve al camino, retorna al mismo sitio y esta operación la repite dos, diez, cuarenta veces. Según pasa tiempo sus exploraciones son más extensas y llega a cruzar el camino, a acercarse al nido, a recorrer el ribazo por donde bajaba arrastrando a su víctima cuando la encontré, todo ello marchando o volando con rapidez vertiginosa y volviendo a las hierbas sin vacilaciones. Contraste asombroso, la seguridad con que se orienta y sigue la ruta primitiva por donde llevó a la larva, y la torpeza o

ceguedad para encontrarla o más bien para reconocerla pasando junto a ella. Así pasa media hora; entonces, en un momento en que está la *Ammophila* a bastante distancia, cojo la larva y la saco de las hierbas, para ver si el motivo de no fijarse en ella es por estar algo oculta. La deposito en la tierra del camino, en un punto del tan repetidas veces seguido por el esfégido. Efectivamente, regresa éste de su excursión y avanza con rapidez hasta encontrar un obstáculo en su marcha. Y salva con un pequeño vuelo el estorbo, sin conocer que éste es la larva que la causa tantos afanes y trabajos. Y sigue hasta las hierbas y vuelve a buscar otro cuarto de hora, y a pasar tocando a su víctima, siempre sin reconocerla. En la misma faena la dejo al marchar.

¿Cuál será el motivo de este desconocimiento de su presa? No es la repugnancia a las hormigas, porque si eso fuese, no buscaría siempre esta misma larva, sino que la despreciaría y se pondría a buscar y cazar otra nueva.

El total de mi observación ha durado hora y cuarto. Dos horas después paso por el mismo sitio. La larva está reducida a la mitad de su volumen, a fuerza de mordeduras de las hormigas, que aún la cubren. La *Ammophila* ha desaparecido. Verdad es que son las cinco de la tarde y la temperatura fresca, con viento algo vivo, hace que apenas se vean ya insectos.

No es mi intención hacer deducciones de un hecho aislado, sino sencillamente exponer lo que he visto, lo cual en parte está de acuerdo y en parte no, con lo que indican algunos autores.

No he visto citada la repetida limpieza de los tarsos, ni tampoco ese extraño desconocimiento de la víctima, debido, probablemente, a la invasión de hormigas. Los autores suponen que primero se construye el nido y después viene la caza. Si así lo hubiese hecho nuestra *Ammophila* se habría evitado el fracaso.